

LA MADRE DE FAMILIA.

Si la muger comprende bien su angelical mision sobre la tierra, debe reconocer que su trono es la familia y su verdadera grandeza el título de madre: para ella, en esta via, no hay sustitucion posible, ni mas superioridad que la de Dios.... Admirable emanacion de la bondad celestial, su amor es inmenso, como sus deberes son infinitos.

Mas para ejercitar tan eminentes cualidades, para constituir este importante rodaje de la familia y de la sociedad, es necesario que la muger esté colocada en las condiciones esenciales al desarrollo de sus preciosos atributos.

Ved, si no, á la desdichada víctima de la brutalidad mas despótica en el hastio incesante de un haren: no es una casta esposa, no es una madre respetada; es una miserable esclava al servicio de las inmundicias de la poligamia, sin hijos á quienes poder amar, sin una familia á que consagrarse para hacerla feliz.

Consideradla tambien entre aquellos romanos vencedores del mundo: verdad es que no vereis en ella la esclava de un sultan celoso, pero sí la súbdita de un marido despota; sin embargo, con este primer beneficio de la monogamia vemos ya despertarse los nobles instintos de la muger: ¿no recordais aquellas admirables palabras pronunciadas con orgullo por la madre de los Gracos, mostrando sus hijos llenos de frescura y salud: «He aqui mis mas bellos adornos?....»

Pero al ser oida la potente y generosa voz de Jesucristo, deja la muger aquella condicion injusta y servil para alcanzar la igualdad moral del hombre en la constitucion de la familia; y aqui comienza desde luego toda la importancia de la mision sublime que la muger debe tan naturalmente llenar: el Cristianismo ha elevado el espíritu de la familia y la dignidad de la muger.

Vosotras las que teneis el alma llena de bondad, pero cuya imaginacion delira febril; vosotras las que jamás habeis apreciado bien

el valor del doble título que llevais; vosotras las que os dejais alucinar por los prestigios y las engañosas ilusiones de la vanidad y del lujo; que os extraviais en las vias mundanas, tan fútiles como seductoras, donde vuestro espíritu nada de sólido tiene que ganar, donde vuestro corazon todo lo puede perder, abandonad un instante vuestros insensatos delirios de placeres estragadores y de bienestar ficticio; venid á contemplar las alegrías deliciosas y la verdadera felicidad de la madre de familia.

Observad á esa esposa consagrada exclusivamente á su marido y á sus hijos; ¡qué calma angelical en su semblante, qué noble sencillez en su aire, qué dulzura, qué suavidad en su mirada!... El tiempo pasa rápidamente para ella sin amargura ni decepcion: ¡qué dichosa es!... Profundamente penetrada del sentimiento de sus útiles deberes, siente en el fondo de su conciencia que jamás los ha descuidado.

Mirad á sus hijos: ¡cuán llenos de amor y reconocimiento están sus corazones; cómo saben indemnizarla de sus vigiliás, de sus fatigas, de sus tiernos cuidados, con las mas dulces y amables caricias! ¡Vereis mas tarde, cuando los años y los achaques la hayan debilitado, qué atmósfera de respeto, gratitud y afecto vendrá á proteger su vejez; con qué activo celo, con qué fervor la rodearán para devolverle, con delicadeza suma, solicitud por solicitud, servicios por servicios, amor por amor!

Cuando esta jóven madre se vé obligada, por ciertas exigencias sociales, á concurrir alguna vez á la sociedad que frecuentais, ved qué decencia, qué sencillez en su compostura; y sin embargo, ¿no está ricamente adornada de virtudes, y tambien de discrecion, para no empobrecer á sus hijos, ni arruinar su casa?

Dos órdenes de admiradores y dos especies de homenajes se encuentran entonces aun en esa sociedad tan frivola y brillante: en un lado la juventud dorada y los insulsos cumplimientos; en el otro los hombres formales, las mugeres sensatas y los elogios merecidos: los pri-

meros serán para vosotras; los segundos para ella.

Al volver á su casa y verse en medio de sus hijos, de quienes no se habrá alejado sino á pesar suyo, volverá á encontrar la calma, la tranquilidad, la dicha. En efecto, entonces percibirá mejor el contraste tan positivo de las vanas distracciones que solo tienen por objeto abreviar el tiempo, y de las ocupaciones útiles, meritorias y honrosas que nunca permiten encontrarlo suficiente.

Al regresar vosotras á vuestro gabinete perfumado y solitario, en él volveis á sentir el cansancio sin fruto, el pesar sin resarcimiento, el fastidio sin compensacion; vuestros hijos, dormidos en los brazos de las nodrizas ó por los cuentos mas ó menos morales de los criados, no han notado la ausencia de su madre, ni tampoco su madre se ocupa de ellos....

Por el contrario, la que contemplamos se acerca á los suyos antes de acostarse; no deja que una extraña le usurpe su lugar en los tiernos corazones de ellos, ó que sirvientes, por lo menos sin educacion, depositen, por ignorancia ó por cálculo, en almas tan candorosas, gérmenes de malas cualidades, que ulteriormente serian difíciles de extirpar.

He aquí para nosotros el principal elemento de la familia, tal como anhelamos verlo siempre funcionar en esta institucion fundamental de las sociedades: hé aquí, en nuestra opinion, la que creemos poder llamar verdadera madre.

J. T. L.

LA SOCIEDAD Y LA FAMILIA.

(Conclusion.)

La indiferencia por las verdades morales y religiosas es el tercero de los vicios trascendentales que se atribuyen á la sociedad moderna, como causa de los males que de hora en hora aumentan los sufrimientos de la humanidad, y se consideran origen de todos los desórdenes

que perturban las relaciones sociales y familiares del individuo.

Peligrosa seria en verdad la existencia de este vicio; porque, debilitando todos los vínculos que contienen al hombre en cuanto pertenece á la esfera de la voluntad y del pensamiento, vendrian la corrupcion de los sentimientos, la desaparicion de las creencias, la negacion de todo principio, de toda luz y toda verdad, hasta enseñorearse del mundo moral y ocasionar una completa disolucion.

El último de los males reales que, arraigados en el corazon del individuo han de propagarse en los pueblos, es para nosotros la indiferencia moral y religiosa, ¡síntoma horrible de una enfermedad incurable que mata las conciencias y esteriliza los gérmenes del bien en el corazon de las criaturas!

Entre todas las declamaciones que se han ideado para explicar las causas de los males sociales, ninguna mas exagerada y errónea que aquellas que los han hecho derribar de la corrupcion del espíritu, hasta suponerlo olvidado ó indiferente por los únicos fundamentos de todo bien, toda aspiracion elevada y digna de nuestra naturaleza y nuestro destino.

Fácil es hacer comprender que todo vicio ó mal social, por subalterno que aparezca en el orden de las relaciones del hombre, es la infraccion de un precepto, ó conculcacion de un principio, moral ó religioso, que ha de suponerse olvidado, rechazado ó negado, para que haya podido ejecutarse un acto de grave responsabilidad, conforme á las reglas que ordenan las acciones humanas. Pero aunque tal suceda en el hecho aislado, mas ó menos repetido y generalizado, no por esto para nosotros es exacto que constituya la prueba del indiferentismo moral y religioso como vicio característico de las generaciones, y en tal concepto causa y móvil de la conducta que refleja la vida de los pueblos ó de los individuos. Semejantes hechos pueden muy bien ser ocasionados, y lo son las mas veces á no haber otro síntoma mas claro, por una causa pasajera, una influencia accidental y transitoria, aunque poderosa, que impide

el libre ejercicio de la voluntad con sumision á las creencias, y la impone una obediencia pasiva, á la que rinde tributo por el momento.

Semejante fenómeno moral y social á la vez, por sorprendente é inexplicable que parezca al primer golpe de vista, se comprende tan luego como observamos la accion y reaccion continua que encadena los actos individuales con los actos colectivos del hombre; porque es sabido que como ser social no obra solo á impulsos de móviles interiores que determinan su voluntad en el sentido de sus pensamientos, creencias y deseos, sino que tambien vive bajo la influencia directa de móviles exteriores que le arrastran á una decision indeliberada á veces, pero necesaria en la vida colectiva de la humanidad, de que forma una parte insignificante é impotente entonces.

Así, cuando el individuo aislado en estos casos está dotado de una fuerza de voluntad superior, bastante á resistir el impulso que recibe, y logra emanciparse de tan poderosa influencia, el espíritu que presidió á su resolucian no se sobrepone al torrente de la colectividad, sino que se oscurece, pasa desapercibido y tiene lugar el fenómeno sin su concurso. Pero se nos dirá: ¿cómo se forma esa influencia colectiva en la cual se condensa la fuerza de una opinion perfectamente formulada que encadena y atrae la voluntad del mayor número? ¿No revela una completa armonía de miras é intereses emanados de las mismas creencias en cada uno de los individuos que forman esa colectividad? Muy lejos de eso. La fuerza moral, que presupone siempre la material y sensible de que se revisten los poderes sociales para determinar su accion en el orden de los hechos, es las mas veces ficticia; porque ejerciendo una influencia opresora, moral ó material, sobre el espíritu de algunos, y propagada á muchos que han de venir á formar su núcleo, la de estos empieza á cohibir la espontaneidad de los demás, constituye en una verdadera atonía la fuerza propia é impulsiva de su voluntad, y entra en la senda á que se la precipita sin deliberacion y por temor acaso á los efectos de su

resistencia. Esta es la conducta ordinaria de los mas. Así los individuos que no cuentan con resolucian y fuerza para oponerse al rumbo que la opinion imprime á los actos de la vida pública, háyase formado la opinion por violencia, seduccion ó engaño, y siéntalo así cada uno, son arrastrados contra su voluntad á manifestaciones y actos que condenan, pero que ejecutan cediendo, como se dice en muchas ocasiones, al espíritu de la época, sin comprender quizá que ese espíritu es aparente ó ficticio y ellos mismos contribuyen á formarlo ó robustecerlo de tal modo.

He aqui lo que realmente se está verificando en nuestros tiempos respecto á la indiferencia por las verdades morales y religiosas. ¡Indiferencia ostensible, pero aparente; que consiste en actos que revelan una clara inmoralidad ó irreligiosidad producida por una causa transitoria, como hemos dicho antes, pero nunca verdadera indiferencia, negacion de toda creencia, muerte de los sentimientos mas elevados en el corazon humano, abyeccion y prostracion del espíritu! Esta, que es la indiferencia innegable por las verdades morales y religiosas, á la cual ha de preceder la duda, de que nos hemos ocupado con extension en uno de nuestros anteriores artículos, no puede reconocérsela en nuestra sociedad actual, en que las creencias están dando la muestra mas consoladora al través de mil y mil dificultades y peligros, consiguientes siempre á las luchas del espíritu por el triunfo de la verdad.

— Cuando la duda reina en los espíritus para convertirlos á la indiferencia fatidica que nos lleva á un verdadero letargo religioso y moral, se arma del terrible cuchillo de la ironía depresiva y fria hácia los objetos mas serios, las ideas mas tristes y los sentimientos mas puros, en que el alma pretende hallar consuelos verdaderamente eternos.

— Escusado creemos advertir que ese síntoma fatal de nuestra perversion no ha presentado sus horribles tintas en los diferentes cambiantes del gran cuadro moral y religioso del mundo. La sociedad ha contemplado á veces

muda é impasible los funestos efectos de aberraciones vituperables que se han pretendido cohonestar en la satisfaccion de otro órden de necesidades, ó mas bien pasiones. Pero visto con dolor su ejemplo, el espíritu se ha concentrado en el misterio de su propia conciencia, ha conservado con celo el calor y la luz de la verdad para reanimarse con el vivificante fuego de las creencias familiares para rendirlas despues un tributo sagrado. Por esta razon, no alcanzando la duda á la familia, ni mucho menos la indiferencia, aunque en periodos mas ó menos largos hayan arrastrado las creencias una vida vergonzante, callando ante el espectáculo de toda negacion de verdades por una amenaza constante al espíritu reglado que dis-cierne y obra por su propia conviccion, no habiéndola dado su poder invencible una perversa ironía, la indiferencia por las verdades morales y religiosas ha sido aparente é impuesta, no ha penetrado á perturbar la armonía de la familia, y de ella ha recibido el fuego necesario para templar los corazones con puros sentimientos, reanimarse y aparecer despues en el gran horizonte de la vida social, robusta y capaz de dar nuevo carácter á todos los fenómenos del espíritu. Pudiéramos citar ejemplos de todos conocidos en la vida contemporánea de nuestro pais; pero sirvanos de leccion toda la Europa, en donde la pasion vino agitando todos los espíritus por muchos años, los dominó por cierto tiempo y á favor de influencias extrañas, y hoy se vé y siente hace tiempo la gran evolucion que ha hecho la humanidad en un sentido altamente favorable que no ha cegado por completo los orígenes del mal. Pero la familia, á cuya obra lenta y constante se debe este prodigio, es la que ha de completar el gran bien que la humanidad se promete de haber resistido al contagio de esa especie de vértigo porque vamos pasando á fuerza de perseverancia, en medio de tantos y tantos sufrimientos y peligros como nos han rodeado.

La familia, pues, ha combatido y vencido el espíritu de duda sobre las grandes verdades religiosas y morales; por consiguiente, la indi-

ferencia hácia ellas ha desaparecido bajo su influjo, por la sencillez y pureza que ha conservado, está llamada á desarrollar en el corazón de todos, y sobre el tierno y poderoso de la madre.

Sea ella siempre celosa en el acertado desarrollo del espíritu de sus miembros, el agente de la instruccion que deben recibir, y se habrán abierto las fuentes de la paz y la concordia, mantenidas por el amor, y la sociedad recobrará por completo la creencia, la pureza y la firmeza, necesarias á la conservacion de las relaciones bajo cuyo constante influjo se han de fomentar los mas altos intereses sociales.

L. R. Y P.

ESCENAS DE LA VIDA DE FAMILIA.

«La cólera para nada es buena, me decia un dia mi bondadoso padre: la cólera no sirve sino para agitar la sangre sin provecho alguno; antes bien, con daño del que la siente y del que es su causa ú objeto, porque lo que hace lo hace malo; lo que ella dice lo dice mal; y así echa á perder el bien mismo, viciándolo en su aplicacion, y convierte la miel en vinagre. La cólera, hija mia, procede del amor propio; por eso los humildes de corazón son dulces y pacíficos. El divino Maestro nos ha dicho: «Aprended de mí, que soy dulce y humilde;» y juntas van siempre estas dos virtudes. ¡Cosa extraña! las otras pasiones no nos hacen arrepentir sino del mal que nos inspiran, y la cólera nos causa remordimiento hasta de lo bueno: así es, que tenemos que acusarnos ante Dios del deber que hemos cumplido, del servicio que hemos hecho, porque la cólera nos ha llevado hasta la exageracion y el exceso, y esto es siempre censurable.—Hija mia, añadía mi buen padre: algun dia tú serás madre; pues bien, guárdate, por Dios, de esa pasion, de esa extrema vivacidad que produce sobre la naturaleza de los niños el efecto mismo que en los arbolitos un viento tempestuoso: el huracán rompe los árboles, no los endereza; y la lluvia mansa es la que fecunda la tierra, no el torrente de la tempestad. Jamás puede bendecir el Señor el trabajo, la obra de la cólera, siendo El la dulzura y la caridad misma, siendo todo amor y humildad: no lo olvides nunca,

mi querida hija, y acepta con buen propósito el consejo que te doy, procurando seguirlo desde hoy como tus pobres hermanitos, á quienes Dios quiere que sirvas de madre.»

Conocía yo la verdad de estas observaciones, mas la viveza de mi carácter atropellaba frecuentemente la razon; y la autoridad que sobre mis hermanos se me habia dado, era un nuevo estímulo para mi genio irascible: enfadábame tanto mas, cuanto mas cierto era mi derecho, mi obligacion de corregirlos; y era precisamente lo contrario lo que me tocaba hacer. ¡Hay, en verdad, tantos motivos de irritacion y enfado en las terquedades de los niños! Algunas veces la impaciencia me llevaba hasta el extremo de enfurecerme con mis hermanos; pero el exceso mismo produjo el remedio de mi mal carácter, causándome un dolor, que fué para mi alma leccion provechosísima.

Cierto dia, enojada yo por no sé qué capricho de una de mis hermanas, la tiré lo que tenia á la mano, un plato, segun creo; y con tan desgraciado tino que, dándola un fuerte golpe en la frente, cayó desvanecida y arrojando sangre por la herida que se abrió sobre el ojo derecho. A la vista de aquella sangre y de mi pobre hermana, tendida en el suelo y pálida como un cadáver, se apoderó de mí un terror pánico, me puse como loca; y, sin saber lo que hacia, sin socorrer á mi hermana, comencé á correr de uno á otro lado gritando y exclamando: «Vecinos, ¡venid! ¡venid! ¡que mi hermanita ha muerto!» Vinieron, en efecto, y socorriendo á mi víctima, que muy pronto volvió en sí, vimos que la herida no era sino levisima; pero en cambio la mia, la que mi corazon sufrió, fué terrible, y pasaron muchas horas antes de que recobrase yo la tranquilidad de mi espíritu, profundamente conmovido. ¡Qué leccion! ¡Cómo se han grabado en mi memoria aquella mirada doliente, que mi hermana me dirigió al volver en sí, y aquel rostro pálido como la muerte! Entonces comprendí bien el peligro á que me exponia mi vivacidad, y prometí trabajar con todo afan para dominarme.

Poco despues de esta fatal escena llegó mi padre, y aunque supo en seguida lo ocurrido, no pareció erojarse: reprendió á la niña por la desobediencia que motivó mi cólera; y luego, cuando estuvimos solos, me dijo: «Vamos, hija, parece que te has propuesto corregir á tus hermanos matándolos: cierto que el medio es seguro, aunque un tanto vio-

lento. ¡Ah! ¡Qué pronto olvidaste mi consejo! La cólera, enténdelo bien, es un mal consejero que no sabe hacer sino torpezas, pero nunca repararlas. Es necesaria mucha firmeza para gobernar la familia, no dureza ni crueldad; porque en la educacion hay dos males opuestos que temer: la demasiada severidad y la excesiva flojedad; defectos que se dan casi siempre la mano. He notado, en efecto, y tú puedes observarlo en algunos de nuestros convecinos, que los padres que mas se exaltan contra sus hijos, y mas duramente los tratan á veces, y los injurian y maldicen, son, pasado el acceso de su cólera, los mas indulgentes, los mas tolerantes y débiles hasta el mas reprehensible abandono. Ellos se enfadan casi siempre por lo que no lo merece: se encolerizan, gritan como demonios, tiran á sus hijos cuanto han á las manos, y hasta parece que los matarian de buena gana, si pudieran; pues bien, despues de tales escándalos, esos mismos padres, como si quisieran hacerse perdonar por sus hijos, los miman, los contemplan y sostienen en ellos mismos defectos que dieron causa y la darán de nuevo á aquellos accesos de cólera. ¿Es esto razonable? ¿Es prudente? De ningun modo; y seria un milagro que por tal camino se llegase una vez al fin de corregir y enseñar á los niños. Modérate, pues, y comprende, hija mia, que por hoy te has hecho á tí misma mayor daño que el que ha sufrido tu hermanita; porque la herida de esta curará pronto, y la de tu alma durará siempre. Que esta leccion te aproveche es ahora mi deseo; ¡quíralo Dios tambien! ¿Sabes tú qué idea me ha ocurrido frecuentemente, sirviéndome en gran manera para dominar mi carácter? Es esta: que cuando yo haya corregido mis propios defectos, entonces tendré derecho para encolerizarme por los de los demás. Tan dichoso instante no ha llegado para mí, y probablemente tampoco para tí llegará.—Por lo demás, voy á darte, en conclusion, un consejo utilísimo, si lo sigues, como yo lo he procurado desde que un anciano sacerdote me lo dió. Padecia este en su juventud frecuentes arrebatos de ira, y habiendo consultado á un virtuoso monge, le dijo este: el remedio es muy sencillo, hermano mio; cuando os sintais poseido de la cólera, tomad la resolucion de no hacer ni decir nada antes de haber dicho en voz baja y despacio: *¡Señor, perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores!*

(Traducción).

C. A. DE L.

DELICIAS DE LA MATERNIDAD.

Si no teneis niños, no leais estas líneas hasta que los tengais.

Si teneis un niño, no las leais hasta que esté dormido.

Mientras esté despierto, y á vuestro lado, miradle. Sus ojos os dirán mas que yo pueda deciros, aunque recoja para vosotras las flores del alma de los mas dulces ingenios.

¡El rostro del niño! es un espectáculo de inagotable interés. Vuestros ojos no pueden separarse de los suyos. El encanto, lejos de disminuirse, aumenta siempre: cada dia os sorprenden nuevas gracias.

Así, cada dia, en adelante, y cada semana, y cada mes, y cada año, ellos son los bien venidos.

Se cuenta el tiempo de otra manera que antes. No veis que estas horas y todos los años os envejecen: solo veis que le hacen crecer.

Pero vosotras no envejeceis ya; al contrario, os rejuveneceis; el niño os quita los años que toma.

Todas las tristezas de vuestro corazon se disipan á sus miradas como las nieves al sol: en su sonrisa se dilata y se funde vuestra alma.

Sus ojos, brillantes de alegría (la alegría de vivir), aclaran todas las cosas en derredor vuestro.

Cuando el niño ríe, el cielo ríe: todo es serenidad, luz, alegría. Se adquiere calma, se adquiere fortaleza, se adquiere bondad, se llega á ser constante y firme en la justicia, y á estar lleno de benevolencia y amor.

La mirada del niño dá á vuestro espíritu la paciencia necesaria para esperar que el triunfo de la iniquidad tenga su término y que el derecho se restablezca.

La mirada del niño cura todas vuestras heridas.

Las manecitas del niño levantan el peso bajo el cual estaba oprimido vuestro corazon.

Cuando lo tomáis (¡qué ligera se os hace tan dulce carga!) y os rodea con sus bracitos, él es quien os lleva.

El os levanta en los espacios azules de la esperanza, por encima de las nubes, por encima de los dolores.

¡Niño! ¡Manantial de consuelo, de alegría, de vial! Se le dá el nacimiento y os lo devuelve, porque hace renacer vuestra alma de sus cenizas, de sus destrozos, la reanima, la recrea, la trasporta.

¡Profundo misterio, fecunda alegría, reciprocidad de la vida: el hijo regenera al padre y á la madre, y á su vez los crea!

La gracia, como una aureola, rodea al niño, esparciendo en derredor de él la sonrisa.

Su dificultad para pronunciar las palabras, las cansioncillas que improvisa, sus caprichosos monólogos en-

trechados por desvarios silenciosos, sus largas miradas á cada objeto, sus movimientos inciertos y vivos, sus esfuerzos desmedidos, sus gestos excesivos y á veces enfáticos, todo os divierte, todo os encanta, todo os deleita.

Eso llega (dirán quizá las personas que aun no tienen hijos) hasta la necedad.

¡Sea! No retrocedamos ante esta palabra. ¡Santa necedad la de la maternidad; necedad deliciosa para el corazon y fecunda en virtud!

T.

LA FELIZ ADOPCION.

(Cuento.)

Felicia, exclusivamente ocupada en la educacion de sus dos hijas, vivia feliz en el seno de una estimable familia. Inclinada al estudio y dotada de un alma dulce y sensible, jamás conoció el odio, y no habia sacrificio que la amistad no pudiese esperar de ella.

Las hijas de Felicia empezaban á salir de la niñez; Camila, que era la mayor, apenas tenia quince años cuando su madre, en atencion al estado de sus negocios, se vió obligada á casarla. No tenia fortuna que dejarle, y no podia establecerla sino obteniendo para ella una posicion ventajosa. Un partido conveniente se ofreció para Camila, y Felicia no debió vacilar; pero no pudo menos de sentir vivamente cuán triste es verse obligada á casar su hija en edad tan temprana. En efecto, un enlace prematuro es para una jóven una desgracia que puede influir sobre el resto de su vida: su educacion no suele estar mas que bosquejada, y queda imperfecta.

Camila, poco tiempo despues de haber contraído matrimonio, cayó gravemente enferma. Las inquietudes, unidas á las vigiliass y á los insomnios que experimentó Felicia, causaron en su salud una alteracion notable, de que se resintió largo tiempo despues del restablecimiento de su hija. Como su mal era de pecho, los médicos le ordenaron las aguas de Bristol, y se vió obligada á dejar su querida Camila en París en poder de una suegra, y partió para Inglaterra con Natalia, su segunda hija, que entonces tenia trece años de edad.

Felicia no habia tenido la precaucion de procurarse habitacion, y cuando llegó á Bristol solo pudo encontrar una muy desagradable, separada por un tabique de otra pieza ocupada por una inglesa enferma en cama hacia diez meses. Felicia, que sabia perfectamente el inglés, supo por el ama de la casa que aquella desgraciada inglesa se moria de consuncion; que era viuda, que su marido, hijo de una familia distinguida, habia sido desheredado por sus padres, por haber efectuado un enlace poco conveniente, y no habia podido dejar á su esposa mas que

una reducida pensión vitalicia; circunstancia tanto mas afflictiva para aquella infortunada, puesto que tenia una hija de cinco años, que perderia con su madre todo medio de subsistir. El ama de la casa hizo elogios de Pamela (así se llamaba la niña) y aseguró á Felicia que no habia en el mundo una criatura mas encantadora que aquella. Esta historia interesó vivamente á Felicia, y hasta la hora de acostarse no pudo hablar con Natalia de otra cosa que de su desgraciada vecina y de su hija.

Felicia y Natalia habitaban un mismo cuarto y hacia un rato que se habian acostado; Natalia dormia profundamente, y Felicia se iba adormeciendo, cuando un ruido extraordinario le produjo un sobresalto. Prestó muy atento oido, y percibió lamentos que parecian venir del cuarto de la inglesa. Entonces, recordando que la enferma solo tenia á su servicio una camarera, Imaginó Felicia que tal vez su auxilio no seria inútil. Se levantó precipitadamente, tomó su lámpara y salió despacio, por no despertar á Natalia; atravesó una pieza donde dormia su criada, á quien encargó que cuidase de Natalia, y salió. La puerta de la enferma estaba abierta, y Felicia, oyendoacentos entrecortados por sollozos, iba temblando.... De repente la camarera deshecha en llanto se lanzó fuera de la habitacion exclamando: «¡Acabó! ¡ya no existe!—¡Cielos! dijo Felicia, ¡y yo acudia para ofreceros auxilios!—Acaba de espirar, replicó la camarera; ¡oh Dios mio! ¿qué será de su desgraciada niña? Yo tengo cuatro hijos: ¿cómo he de poder hacerme cargo de esta infortunada?—¿Dónde está su hija? interrumpió vivamente Felicia.—¡Ay! señora, la pobre niña no está en edad de conocer su desgracia! ¿Sabe ella siquiera lo que es la muerte?... ¡Quería tanto á su madre!.... porque en el mundo no hay criatura mas sensible.... Mirad, ¡duerme tranquilamente cerca de su madre, que acaba de exhalar el último aliento!....—¡Justo Dios! exclamó Felicia, ¡retiremos á esta niña de un sitio tan funesto!»

Diciendo estas palabras, Felicia se precipita hácia la habitacion. Para acercarse á la cuna de la niña era necesario pasar por junto á la cama de la malograda inglesa. Felicia se extremece; fija un instante sus ojos llenos de lágrimas en el cuerpo inanimado, y exclama: «¡Oh madre infortunada, cuál ha debido ser la amargura de tus últimos momentos! ¡Dejas á tu hija sin apoyo, sin amparo!.... ¡Ah, desde el seno de la eternidad puedes verme y oirme!.... Yo me encargo de tu hija; no la dejaré olvidar á la que le dió la vida; implorará cada dia para su madre la clemencia del Altísimo.»

Felicia se aproximó á la cuna con la mas viva emocion. Con mano trémula separa suavemente la colgadura, descubre á la inocente huerfanita, y contempla con admiracion la belleza de su rostro angelical. La niña dormia profundamente; al lado del lecho de muerte de su desgraciada madre, gozaba apaciblemente las delicias del re-

posó. La serenidad de su frente, el candor de su semblante, que una dulce sonrisa embellecia mas, y la frescura de su tez, formaban con su situacion un contraste sorprendente. «Ved, dijo Felicia, ¡cómo duermel... ¡En qué momento y en qué lugar!... En vano llamarás á tu madre al despertar, pobrecita.... ¡Pero al menos, otra la reemplazará; sí, yo te adopto; tú encontrarás en mi corazon la sensibilidad y el afecto de una madre! Vamos, continuó Felicia dirigiéndose á la camarera, ayúdame á trasladar esta cuna á mi habitacion.»

La muger obedeció con alegría, y la niña, sin despertarse, fué llevada muy despacio en su camita al cuarto de Felicia. Natalia se habia levantado; inquieta y turbada corrió hácia su madre, que le dijo: «Mira, Natalia, te traigo una segunda hermana; ven á verla, y prométeme amarla.»

Natalia se arrodilló junto á la cuna para ver mejor á la niña. Felicia le refirió en breves palabras todo lo que habia sucedido. Natalia lloraba oyendo tan triste narracion; miraba con ternura á la niña llamándola su hermana, y deseaba que llegase el dia siguiente para oirla hablar y abrazarla mil veces. En fin, fué necesario volverse á acostar. Felicia no pudo pegar los ojos en toda la noche; pero ¿se desea el sueño cuando el recuerdo de una buena accion nos lo quita?

A las siete de la mañana se pusieron en movimiento en el cuarto de Felicia: luego que abrieron las ventanas, se despertó Pamela. Felicia corrió hácia la cuna. La niña, al verla, pareció sorprendida; la miró fijamente, y despues se sonrió y le tendió los brazos; Felicia la estrechó en los suyos. Esta creia en la simpatia (que es la supersticion de todos los corazones sensibles), y se persuadió ver los efectos en las dulces caricias de aquella niña, que le inspiraba ya un afecto tan tierno, y la amó mas aun.

Sin embargo, Pamela no tardó en llamar á su madre: este nombre de madre enterneció vivamente á Felicia. «Tu mamá, dijo, no está ya aquí...»

Al oir estas palabras, Pamela se deshizo en llanto: Natalia quiso consolarla: «¡Déjale, dijo Felicia, esa afliccion! yo tenia necesidad de ver correr sus lágrimas; reflexiona en su situacion, Natalia, y experimentarás el mismo sentimiento.»

Luego que vistieron á Pamela, se puso de rodillas y dijo en alta voz sus oraciones: Felicia se estremeció al oirla decir: «¡Dios mio, devolved la salud á mi mamá!—No hagas esa oracion, dijo Felicia, porque tu mamá no sufre ya....—¡No sufre ya! exclamó Pamela; ¡gracias á Dios!...»

Estas palabras desgarraron el alma de Felicia. «Hija mia, añadió interrumpiéndola, di conmigo: ¡Dios mio, dignaos hacer la felicidad de mamá!»

Pamela notó que los ojos de Felicia se llenaban de lágrimas; se levantó y la abrazó llorando. En aquel mo-

mento avisaron á Felicia que su carruaje estaba dispuesto; entonces tomó en brazos á la niña, y acompañada de Natalia, partió para Bath, que está á cuatro ó cinco leguas de Bristol.

Felicia no volvió á Bristol hasta despues de quince dias; y no queriendo ya ocupar su primera habitacion, se fué á otra casa. Cada dia se sentia mas inclinada á Pamela, pues consideraba la dulzura angelical, la sensibilidad y el reconocimiento de esta niña, como la mas grata recompensa.

Despues de haber pasado tres meses en Bristol, Felicia dejó á Inglaterra y regresó á Francia. Toda su familia aplaudió la adopcion de la amable Pamela; era imposible verla sin interesarse por ella, y conocerla sin amarla. Cuando cumplió siete años, Felicia la instruyó á su manera, y le contó la historia de su desgraciada madre. Esta triste narracion hizo derramar á Pamela abundantes lágrimas: se echó á los piés de su bienhechora, y le dijo todo cuanto el reconocimiento y la mas viva ternura le inspiraron. Pamela tenia un alma elevada; y cuando hablaba de sus sentimientos, no parecia su lenguaje y su expresion propios de la infancia. Se citaban de ella mil rasgos encantadores, contestaciones finas y delicadas, y una multitud de expresiones felices que solo el corazon puede inspirar: esta sensibilidad viva y profunda derramaba una gracia inexplicable sobre todas sus acciones, y daba á su dulzura un encanto que penetraba el alma. Se veia mas de una vez que Pamela estaba bella ó bonita, antes de percibir si sus facciones eran regulares. No se podia examinarla ni alabarla como á otra. Tenia ojos grandes y largas pestañas negras: nada se decia de sus ojos: se hablaba solo de su mirada. Tenia todo el deseo de agradar y de obligar que presta un buen natural; era atenta, generosa, complaciente, y tan sincera como natural. En fin, se encontraba en ella la reunion mas rara, menos comun, de cualidades y adornos personales. Mostraba finura, franqueza é ingenuidad, era alegre y dulce, aunque algo viva.

Los únicos defectos de Pamela procedian de esta vivacidad que, sin embargo, nunca le causó el mas ligero movimiento de impaciencia por nada, pero que le daba un aturdimiento que pocos niños han llevado mas allá. He aquí un rasgo que mostrará, á la vez que su dulzura, el respeto y cariño que profesaba á Felicia: Pamela, mucho menos por negligencia que por efecto de su vivacidad y travesura, perdía sin cesar todo lo que se le daba. En el paseo se quitaba el sombrero para correr mejor, y al volver á casa, siempre corriendo, se lo dejaba olvidado. Despues de trabajar, era tal su afan por ir á jugar, que no le permitia recoger su dedal, sus agujas y su neceser, ni guardarlos: se levantaba precipitadamente, y el saco de la costura abierto caia al suelo: Pamela saltaba por encima y desaparecia en un cerrar de ojos. Encantaba

verla correr en el campo ó en el jardin; pero se le prohibia correr en la casa. Pamela, con el mejor deseo de obedecer, olvidaba continuamente esta prohibicion; se caia tres ó cuatro veces cada dia, y dejaba en todas las puertas girones del vestido ó del delantal. En fin, á fuerza de súplicas, exhortaciones y castigos, perdió insensiblemente algo de este exceso de turbulencia. Felicia tenia cuidado todas las mañanas de pedirle cuenta de lo que debia tener en sus bolsillos ó en su saco de labor, y este examen cotidiano contribuyó á corregir el aturdimiento de Pamela.

Una mañana que Felicia, segun costumbre, examinaba los bolsillos de Pamela, no encontró en ellos las tijeras. Pamela, reprendida é interrogada, respondió que no se habian perdido, y que sabia dónde estaban. «¿Y donde están? le preguntó Felicia.—Mamá, contestó Pamela, están en el suelo, en el gabinete de mi hermana.—¿Cómo en el suelo?... ¿Y por qué las has dejado allí?—Mamá, yo estaba en el gabinete, y al sacar mi pañuelo se me cayeron del bolsillo: en aquel mismo instante oí vuestra campanilla y eché á correr.—¿Qué! ¿sin tomar tiempo para recoger tus tijeras?—Sí, mamá, por veros mas pronto.—Pero sabias bien que yo te pediria cuenta de tus tijeras, y que te regañaria si no las tuvieses.—Mamá, yo no pensé en eso, no pensé mas que en vos y en el placer de veros.»

Al pronunciar estas palabras, asomaron lágrimas á los ojos de Pamela y se sonrojó; Felicia la miró con aire severo: Pamela se sonrojó mas. Este vivo rubor y la inverosimilitud de la relacion, persuadieron á Felicia de que la inocente Pamela acababa de mentir. «Quitate de mi vista, dijo: estoy segura de que no hay una palabra de verdad en todo lo que acabas de decirme: márchate sin replicar.»

Pamela muy llorosa, juntó las manos y se echó á los piés de Felicia sin proferir una sola palabra. Felicia solo vió en esta accion suplicante la confesion de la falta; la rechazó con indignacion y la colmó de vituperios. Pamela, segun lo que se le tenia mandado, guardó silencio, y solo expresó su dolor con sollozos y gemidos.

Felicia residia entonces en el campo; salió para ir á misa, y en vez de llevar á Pamela como acostumbraba, encargó á su doncella que la acompañase, y la dejó precipitadamente. En la capilla tuvo Felicia mas de una distraccion á pesar suyo; volvió muchas veces la cabeza hacia la puerta, y al fin vió llegar á Pamela, que traia colorados y húmedos los ojos: la pobre niña se puso en las gradas de la escalera. Le dijo la doncella que no se quedase allí con los criados, y contestó: «Este sitio es demasiado bueno para mí.»

Esta humildad conmovió á Felicia; hizo seña á Pamela para que se aproximase, y la pobre criatura lloró de alegría recuperando su lugar al lado de su protectora.

Después de la misa, la doncella se acercó á Felicia y le dijo: «Pamela no había mentido.—¿Cómo?—No, señora; me rogó que fuese con ella al gabinete, y encontramos las tijeras en el suelo, como había dicho.—¡Pobrecita! exclamó Felicia tomándola en brazos: ¿te dejas acusar y maltratar sin decir nada para justificarte?—Me tenéis prohibido hablar, mi querida mamá.—Y te echaste á mis piés como pidiéndome perdón!—Yo debo pedir siempre perdón cuando mamá se enfada contra mí; si me riñe, seguramente tengo yo la culpa.—Pero fui injusta.—No; mi bienhechora, mi tierna madre, jamás puede serlo para mí!» ¿Quién podría no querer á una criatura capaz de tan afectuosa inclinación, y que muestra una dulzura y una sumisión tan interesantes?

(Se continuará.)

LOS BIENHECHORES.

Mucho se ha escrito, y con razón, contra los ingratos; pero se ha dejado siempre en paz á los bienhechores, y es este un capítulo que falta á la historia de los tiranos de la humanidad. (D'ALEMBERT.)

Habitaba Lopez una pobre y humilde casita de campo, pero estaba situada bajo el bello cielo de Andalucía en la pintoresca falda de Sierra-Morena; y su Inesilla, su única hija, su buena, su hermosa, su amada Inesilla la habitaba con él; así el bueno de Lopez no echaba de menos su pasada riqueza, sino es porque no podía acabar la educación de su hija, interrumpida por sus desgracias.

—Inesilla, la decía, en los tiempos de mi prosperidad he hecho mucho bien, y, sin embargo, nadie viene ahora en mi auxilio: sin duda la generosidad mora rara vez en el corazón de los hombres.

—El gran número de ingratos parece probar lo contrario, le respondió Inés.

—Menos frecuente sería la ingratitud, si se supiesen colocar bien los beneficios; mas los hombres ricos y poderosos, rodeados siempre de gentes adulatoras é intrigantes, no saben abrirse paso por entre esta baja multitud para llevar á la indigencia virtuosa un noble beneficio que la socorra sin mengua. *Debiórase, en verdad, antes de hacer el bien mirar á quién se hace.*

—Escuchan solo á su corazón, y se engañan á menudo: vos habeis hecho otro tanto.

—¡Y me he engañado!....

Iba á proseguir, cuando resonó un espantoso trueno acompañado de un violento huracán; y entonces, olvidándose Lopez de los bienhechores y de los ingratos, corrió á abrir la puerta cochera de su patio, á fin de que los viajeros sorprendidos por la tormenta pudiesen hallar

un abrigo bajo el cobertizo, evitando el torrente de las aguas, que comenzaba á sentirse por las quebraduras de la montaña.

A poco un lujoso carruaje arrastrado por seis mulas, entró bruscamente en el patio. D. Fernando, joven caballero de la corte de Madrid, que viajaba para instruirse, bajó del coche, y se presentó á la puerta de la casa: abrió Inesilla, y el joven quedó admirado al encontrar bajo aquel humilde techo una figura tan elegante y unas facciones tan distinguidas, y no pareció sorprenderle menos el noble aspecto de Lopez.

Cuando llegó, el padre y la hija, sentados delante de una pobre mesa, se disponían á tomar su frugal desayuno: invitó aquel al caballero á que se sentase, é Inesilla le ofreció tímidamente un asiento. No le aceptó D. Fernando hasta haberse escusado en términos muy atentos, por haber turbado tan de improviso el desayuno de sus huéspedes, alegando que los caminos estaban impracticables, y que no había posada alguna en aquellas cercanías.

Esta última frase hizo creer á Lopez que el viajero estaba sin duda en ayunas; pero antes de que pudiera espresar su pensamiento, había puesto en la mesa la amable Inesilla un tercer cubierto. Fernando no creyó deber conducirse ceremoniosamente, y sin cumplimiento se sentó á la mesa con tan buena voluntad, y, al parecer, con tan buen apetito, que la pobre muchacha se sobrecoigió temiendo se acabasen sus provisiones antes que el afán amenazador del caballero; por lo que apenas se atrevía á tocar á los manjares, con el fin de que quedase mayor parte al recién venido.

Aparentaba este no apercibirse de nada, pero hizo hábilmente que recayese la conversacion sobre los productos de los mejores viñedos de España y la manera de preparar el condimento de la olla podrida: de modo que debió parecer muy natural esta exclamación con que interrumpió al anciano:

—¡Por Santiago! Cosas son estas de que no se puede juzgar sino gustándolas: precisamente traigo en mi carruaje algunas botellas de vino rancio de Jerez, y, además, mi buena y anciana tía de Cazorla no me ha dejado salir de su casa sin colmar de provisiones las bolsas de mi coche.

Dió Fernando sus órdenes á los criados, á pesar de la tímida oposición de Lopez, y gracias á los mas ricos vinos y abundantes víveres del viajero, el modesto desayuno se cambió en un verdadero festín, cual no lo había disfrutado el desgraciado Lopez mucho tiempo hacia: con esto, recobró Inesilla su tranquilidad y su alegría acostumbrada; y excitado el padre por el Jerez, al propio tiempo que por el afecto é interés que el joven viajero le demostraba, se manifestó con este expansivo y confiado en extremo, estableciéndose entre ellos tal intimidad, que

aquel contó todas sus desgracias; y, habiéndole escuchado atentamente, exclamó Fernando:

—¡Por la espada del Cid, os juro que celebro la tempestad que aquí me ha conducido, y doy gracias á mi santo patron y al cielo por haberme conducido á este sitio! ¡Lopez, yo soy rico, inmensamente rico, y mi corazón es sensible; no despreciéis, pues, el ofrecimiento que voy á haceros, y dignaos ser mi deudor: mas ó menos pronto os será devuelta vuestra fortuna, y entonces podreis desquitaros!

—Nada deseo para mí, dijo Lopez interrumpiéndole, pero mi Inesilla, que está en la flor de su edad, se vé privada mucho tiempo há de las útiles lecciones de una instruccion saludable, de las caricias de una amiga, de los cuidados amorosos de una madre, que en vano he procurado reemplazar: por ella solamente siento mi situacion.

—Tengo una tia, replicó Fernando conmovido y tomando cariñosamente una mano de Lopez, que habita en Cazorla con sus dos hijas, que son poco mas ó menos de la edad de vuestra hija: esta respetable familia, en la que vereis reunidas una bondad inagotable, una religion pura y una instruccion sólida, vive de una pension que sus virtudes y el amor de la familia me han inducido á señalarle. Cazorla está situado, no lejos de aquí, en un terreno delicioso á la orilla de su rica vega: id allá vos mismo en mi nombre á casa de mi respetable tia, y confiadle sin temor vuestra Inesilla.... No le dejó acabar Lopez, besándole las manos y regándoselas con sus lágrimas.

Conducida Inesilla á casa de la tia de Fernando, fué acogida de la manera mas afectuosa; y Lopez, desechando sus prevenciones respecto á la falta de generosidad en los hombres, regresó al pié de su montaña solo, pero contento de sí mismo y de los demás, y prometiéndose á sí mismo visitar frecuentemente á su querida hija.

Cierto dia pensando en Fernando, en su delicada generosidad, paseaba vagamente su vista alrededor de su morada, cuando reparó sobre un árbol poco elevado una palomita solitaria, apenas cubierta de ligera pluma, y que, como abandonada de la naturaleza entera, hacia resonar sus tristes lamentaciones. Al mismo tiempo descendió de las elevadas cimas de Sierra-Morena un ave de rapiña, un buitrel que desplegando sus grandes alas, dirigió su vuelo hácia aquella, posándose algun tiempo en el árbol que sostenia su nido. Buscaba Lopez los medios de socorrer á la inocente palomita; mas creyó observar que á la vista del buitrel, la paloma, cesando en sus lamentos, se movia alegremente en su nido, tendiendo hácia aquel su pico entreabierto; y efectivamente, vió pronto al temible pájaro bajar suavemente cargado de provisiones hácia su jóven protegida, dándole el alimento que para ella habia cuidadosamente escogido.

¡Qué maravilla! dijo el bueno de Lopez. ¡Cuán grandes eran mi injusticia y mi ceguedad! ¡Rehusaba creer en la caridad, y la veo hasta en los buitres!

Gozaba viendo crecer á la inocencia bajo la proteccion de la fuerza, no se cansaba de contemplar el aspecto encantador de aquellas dos aves, y acudia diariamente á verlo, siendo para él objeto de innumerables reflexiones; pues sus ideas, por un encadenamiento natural, le transportaban á Cazorla, donde su dulce, su tierna Inesilla vivia tambien dichosa bajo la proteccion de un rico, de un poderoso. Despues volvíase á su casa bendiciendo á don Fernando y al buitrel.

Ya la gentil paloma comenzaba á cubrirse de plateadas plumas: ensayaba su tímido vuelo de rama en rama, y su pico endurecido, acerado, proveia á su alimento con facilidad. Así la paloma iba creciendo, hasta que un dia vino el buitrel á traerla su acostumbrado obsequio, examinó atentamente á su protegida, la consideró sin duda gruesa, apetitosa, tal como la queria, en fin; y entonces se precipitó sobre ella como un rayo, devorándola en breves instantes.

Lopez vió todo esto, y, contemplándolo, quedó absorbido y perplejo. —¡Misericordia! exclamó, ¿qué es lo que miro?

El pobre hombre se admiraba de que un buitrel devorase á una paloma, cuando lo admirable hubiera sido que así no sucediese. Mas en aquel momento vinosele á la memoria el recuerdo de su hija, y como herido de una idea repentina exclamó: «¡Ahl Mi Inesilla, mi paloma está tambien bajo la proteccion de un gran señor, de un poderoso, de un *hombre de rapiña*: no perdamos tiempo; vlemos á salvarla.»

Marchó, y durante el camino repetia sin cesar: *antes de aceptar un beneficio, es preciso mirar bien de quién lo recibimos: los protectores, como los protegidos, no deben aceptarse mutuamente sino despues de conocerse bien.*

Y diciendo esto, llegó azorado á Cazorla, corrió á la habitacion que ocupaba siempre su hija..... ¡Ay!!

CARLOTA A. DE L.

FARMACIA DOMÉSTICA.

Cuando se vive en una ciudad en medio de todos los recursos apetecibles, podrá parecer supérfluo el hacer provision de medicamentos que son fáciles de adquirir en cualquier momento de necesidad; sin embargo, como hay en la vida accidentes que reclaman un pronto remedio, la prudencia aconseja á las familias el tener siempre á su disposicion y á la del médico, cuando este llega, cierto número de objetos y medicamentos, que son los siguientes: vendas, cabezales, hilas, yesca, espadrapo, tafetan,

inglés, harina de linaza, harina de mostaza, té, vinagre, miel, celada mondada, goma arábiga, aceite de almendras dulces, éter, agüardiente alcanforado, agua de azahar, flores de tilo, de violetas y de malvas, láudano de Sidenham (de seis á ocho gramos), tártaro emético (dividido en tomas de á cinco centigramos), ó bien ipecacuana en polvo (cuatro ó cinco tomas de setenta y cinco centigramos cada una).

El cuidado de tener siempre á mano los objetos y medicamentos que acabamos de indicar, es una necesidad para las personas que viven en el campo ó en localidades lejanas de las ciudades. Además, estas personas pueden coger, en cada estacion del año, cierto número de plantas medicinales, segun los recursos que ofrezca la vegetacion local: en cuanto á las plantas que no se hallen silvestres, fácil es cultivarlas en un cuadro de jardín. De estas plantas se cogen, unas para conservarlas enteras, y de las otras sus hojas, flores, semillas, raices ó cortezas. Menester es, en cuanto sea posible, elegir para esta cosecha un tiempo seco y sereno, despues de salir el sol, cuando se haya disipado el rocío de la noche, y generalmente en la época en que las flores comiencen á abrirse, porque las plantas, habiendo adquirido entonces todo su vigor, son mas odoríferas y saludables. Luego que se les ha quitado la tierra que haya podido quedar adherida á ellas, las malas yerbas y las hojas muertas ó marchitas, se dejan secar á la sombra, y una vez que están perfectamente desecadas, se conservan en cajas ó en sacos, preservándolas del polvo y de la humedad.

Las plantas medicinales de que se hace mas frecuente uso en la medicina doméstica, pueden colocarse en cuatro grupos distintos, á saber: 1.º las plantas enteras; 2.º las flores; 3.º las raices; 4.º los frutos.

1.º PLANTAS ENTERAS.—Esta seccion comprende la artemisa, la borraja, la capilar, la centáurea menor, la dulcamara, el erysimum, el espliego, el trébol oloroso, la menta acuática, la saponaria, la salvia, el sérpil y el tomillo. A medida que se van cogiendo estas plantas, se atan por manojos poco voluminosos con un bramante, y se suspenden, para que se sequen, en paraje bien ventilado.

Artemisa. Se encuentra en los terrenos ligeros y secos, á las orillas de los caminos y de los bosques: merece preferencia la que crece en parajes elevados. El momento mas favorable para cogerla, es cuando apenas comienza á florecer, porque sus propiedades residen mas en sus tallos que en sus flores. Conviene hacer abundante provision, pues esta planta, con el espliego y el tomillo, es la base de los baños aromáticos, tan útiles para los niños y adolescentes de temperamento delicado. Cada baño exige un kilogramo, poco mas ó menos, de plantas aromáticas secas. Las hojas de la *artemisa macho* se emplean en infusion, que es tónica y buena para combatir los cólicos ventrescos.

Borraja. Esta planta se debe coger cuando está en flor. Sus propiedades sudoríferas residen principalmente en el tallo y en las hojas. Se ennegrece al secarse, pero sin perder sus virtudes medicinales. Las flores, empleadas en infusion, producen una tisana dulcificante, de la cual se hace uso en las enfermedades inflamatorias.

Centáurea menor. Los tallos cuadrados y rectos de esta planta y sus lindos penachos de flores de un color de rosa claro, la hacen distinguir fácilmente en las orillas de los parajes húmedos y de las aguas estancadas. Se debe coger cuando florece. Su tisana es excelente contra las debilidades de estómago, y muy útil para combatir las predisposiciones á contraer fiebres intermitentes en primavera y en otoño.

Dulcamara. No se encuentra silvestre sino en pocas localidades. La belleza de sus flores le dá un lugar, como planta trepadora de adorno, en los jardines. Los tallos son la parte mas útil de esta planta; se cogen cuando las hojas han caído, y es necesario hendirlos para sacarlos. Se emplean en cocimiento y producen una de las mejores tisanas depurativas. El fruto de la dulcamara es venenoso.

Erysimum. Es una de las mas útiles entre las plantas medicinales de Europa. Las flores no tienen virtud. Se debe coger antes de que pase la flor y se carguen los tallos de pequeñas vainas llenas de semilla, que disminuye la calidad de la planta seca. Las infusiones preparadas con esta planta, son muy eficaces contra los males de garganta y las extinciones de voz.

Espliego. El silvestre solo se encuentra en terrenos incultos y sobre colinas áridas, y solo se puede cultivar en los parajes mas secos. Se emplea en baños aromáticos. La infusion de sus flores en agüardiente, dá el *agüardiente de lavanda*, de que se hace uso para curar las contusiones por medio de cabezales empapados en esta preparacion y aplicados á la parte enferma.

Trébol oloroso. Esta planta se suele encontrar en los sembrados de cebada, y principalmente de avena. Es necesario proveerse de ella cuando está en flor, en los meses de mayo, junio y julio. La utilidad de la infusion fria del trébol, empleada como colirio para aclarar la vista y para combatir los males de los ojos, no está bastante apreciada por lo general.

Menta acuática. Las propiedades estomacales de esta planta, son excelentes. Se debe coger cuando empieza á florecer en mayo y junio. La mejor es la que crece, no en el agua, sino en terrenos frescos á poca distancia de la orilla de las aguas tranquilas. Las hojas, empleadas en infusion, son eficaces para combatir los males del estómago y los vómitos espasmódicos; son útiles tambien en el período de frio de las fiebres intermitentes.

Saponaria. Se coge cuando está en flor, en mayo y junio, en las praderas húmedas ó en terrenos incultos y frescos. Todas las partes de la planta, hojas, tallos, flores

y raíces, tienen propiedades depurativas en alto grado; las raíces se deben arrancar en otoño. La variedad cultivada de flores dobles, tiene las mismas propiedades que la especie silvestre de flores sencillas. Se preparan con ella cocimientos, que deben tener la consistencia de un jarabe ligero, que se azucara como se quiere para tomarlo tibio.

Salvia. Sea silvestre ó cultivada esta planta, la infusión aromática y tónica de sus hojas tiene virtudes análogas á la del té, y conviene contra las malas digestiones.

Serpil. Pocas plantas aromáticas son mas abundantes y tienen un olor mas agradable que el serpol. Conviene coger las que mejor florecen en terrenos secos, en pendiente con exposicion al Mediodía. Esta planta, cuando se ha hecho suficiente acopio de ella, puede reemplazar al tomillo para la preparacion de los baños aromáticos y fortificantes. Las hojas y las flores, en infusión, son útiles contra el flato, las digestiones difíciles y los males de cabeza.

Tomillo. Tiene las mismas virtudes medicinales que el serpol.

(Se continuará.)

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA FRITURA (1).

Estaba un dia cierto personaje sentado en su *butaca de meditaciones* con la pierna derecha puesta verticalmente sobre el pavimento, y la izquierda extendida, formando una diagonal. Tenia la espalda perfectamente apoyada y las manos sobre las volutas en que terminaban los brazos de aquel grave mueble. Su elevada frente indicaba amor á los estudios serios, y su boca inclinacion á las distracciones dulces; su actitud era tal, que cualquiera que lo hubiese visto no hubiera podido menos de decir: «Este debe ser un sabio.»

Mandó llamar á su cocinero, quien inmediatamente acudió, dispuesto á recibir órdenes, lecciones ó consejos.

«Maestro. Plancha, dijo nuestro personaje con el acento que penetra hasta el fondo de los corazones, todos cuantos se sientan á mi mesa os proclaman *sopista* de primera clase, y lo dicen con satisfaccion, porque la sopa es el primer consuelo de un estómago afanoso; pero veo con sentimiento que todavía sois un *freidor desafortunado*.

Ayer os vi gemir por habernos servido aquel magnífico lenguado, pálido, blandujo y descolorido. Mi amigo R... os dirigió una mirada de desaprobacion: D. J. B. volvió hacia el Oeste su gnomónica nariz, y el doctor S.... deploró este accidente como una calamidad pública.

(1) Esta palabra *fritura* se aplica igualmente á la accion de *freir* y á la cosa *frita*.

Esta desgracia os sucedió por no haber observado una teoría cuya importancia no teneis bien comprendida. Sois algo obstinado, y no he podido haceros concebir que los fenómenos que se realizan en vuestro *laboratorio* no son otra cosa que la ejecucion de las leyes eternas de la naturaleza; y que ciertas cosas que haceis sin atencion, y solamente porque las habeis visto hacer á otros, no se derivan menos de las mas altas abstracciones de la ciencia.

Escuchad, pues, con atencion, y aprended para que en adelante no tengais que avergonzaros de vuestras obras.»

Teoría.

«Los líquidos que exponéis á la accion del fuego no pueden cargarse todos de igual cantidad de calor, porque la naturaleza lo ha depositado en los cuerpos desigualmente; este es un orden de cosas de que la misma naturaleza se ha reservado el secreto, y que nosotros llamamos *capacidad del calórico*.

Podriais, pues, mojar impunemente un dedo en espíritu de vino hirviendo, lo retirariais muy de prisa del aguardiente, mas de prisa aun si fuese agua, y una inmersión rápida en aceite hirviendo os haria una quemadura cruel; porque el aceite puede calentarse tres veces mas que el agua, por lo menos.

Por eso los líquidos calientes obran de una manera diferente sobre los cuerpos sumergidos en ellos. Los que son tratados por el agua se reblandecen, se disuelven ó se reducen á papilla; y así se obtiene el caldo: los que son tratados por el aceite se contraen, se coloran mas ó menos y acaban por carbonizarse.

En el primer caso el agua disuelve y extrae los jugos interiores de los alimentos; en el segundo los jugos se conservan porque el aceite no puede disolverlos; y si estos cuerpos se desecan, es porque la continuacion del calor acaba por evaporar en ellos las partes húmedas.

Los dos métodos tienen tambien nombres diferentes; y se llama *freir* la accion de hervir en aceite ó grasa ciertos alimentos; y bajo este respecto, *aceite* ó *grasa* son casi sinónimos, pues la grasa no es mas que un aceite concreto, y el aceite una grasa líquida.»

Práctica.

«Los fritos tienen mucha aceptacion en los festines, donde introducen una variedad de efecto, son agradables á la vista y conservan su sabor primitivo.

La fritura ofrece tambien á los cocineros muchos medios para disfrazar lo que fué servido el dia anterior, y es muy socorrida en casos imprevistos; porque no es menester mas tiempo para freir una carpa de cuatro libras que para cocer un huevo.

Todo el mérito de una buena fritura consiste en la *sorpresa*; así llamo á la invasion del líquido hirviendo que

tuesta ó carboniza, en el momento mismo de la inmersión, la superficie del cuerpo que se frie.

Por medio de la *sorpresa* se forma una especie de capa ó corteza que encierra al objeto, impide que la grasa lo penetre y concentra los jugos, que sufren así una cocción interior que dá al alimento todo el gusto de que es susceptible.

Para que la *sorpresa* tenga buen efecto, es menester que el líquido haya adquirido suficiente calor para que su acción sea brusca é instantánea; pero no llega á este punto, sino después de haber sido expuesto bastante tiempo á un fuego vivo.

He aquí un medio de conocer si el líquido está en su punto: echad en la sartén una rebanada pequeña de pan, y si al cabo de cinco ó seis segundos la retiráis consistente y con color, operad inmediatamente la inmersión; si no, será necesario alentar el fuego y volver á empezar la prueba.

Una vez operada la *sorpresa*, moderad el fuego, á fin de que la cocción no sea precipitada y que los jugos que habeis encerrado sufran, por medio de un calor prolongado, el cambio que los une mejorando su sabor.

Habéis observado que la superficie de los cuerpos no puede disolver la sal ni el azúcar que necesitan según su naturaleza. Por eso debéis reducir á polvo muy fino estas dos sustancias, á fin de que adquieran una gran facilidad de adherencia, y que polvoreando el frito pueda sazonarse.

No os hablo de la elección de los aceites y grasas, porque ciertos libros de que he formado vuestra biblioteca os habrán dado luces suficientes.

Sin embargo, no olvidéis cuando os traigan algunas de esas truchas que pesan poco más de un cuarterón, el freírlas con el aceite de olivas más fino que tengáis; este manjar tan sencillo, debidamente sazonado y aderezado con ruedas de limón, es un *vero boccone di cardinale*.

Esta prescripción está fundada en la naturaleza de las cosas. La experiencia enseña que no conviene emplear el aceite de olivas, sino para las operaciones que pueden terminarse en poco tiempo, ó que no exigen gran calor; porque la ebullición prolongada desarrolla en él un sabor desagradable.

Os podeis retirar, mucho cuidado con todo, y jamás olvidéis que desde el momento en que los convidados ponen los pies en mi salón, *nosotros* somos responsables de su bienestar.»

CÓSTUMBRES DE PRINCESAS ORIENTALES.

La *France hippique* dá los siguientes curiosos pormenores acerca de la familia del difunto sultán.

«Abdul-Medjid ha tenido diez hijos, cuatro varones y

seis hembras. Varias de estas las ha casado con bajas y otros dignatarios del imperio de reciente fecha. Estas jóvenes, de extraordinaria belleza, según dicen, son incapaces de comprender en qué consiste el movimiento de nuestra civilización, y tienen todos los caprichos que se atribuyen á ciertas princesas de los cuentos de hadas.

»A fuerza de fantásticos antojos, habían arruinado á su padre. Sabido es que de unas rentas que apenas llegan á trescientos millones de francos, el último sultán tomaba para sí y para su familia unos cien millones de la lista civil, es decir, la tercera parte de los productos generales de la nación, lo que no sucede en ningún otro país de Europa, ni del mundo tal vez. Cada una de estas hijas de Abdul-Medjid poseía en el Bósforo una suntuosa residencia de verano, cuyo riquísimo mueblaje fué llevado de París. Pero dinero.... Dios guarde á V. muchos años. Cuando había que pagar imprescindiblemente á un acreedor, era preciso llamar mercaderes de muebles, joyas y ropas, y se les vendía algún objeto de valor en quince minutos, para pagar al apremiante, ni más ni menos que se hace en París entre las loretas del barrio de Breda. El doctor J.... fué convidado un día á comer á casa de uno de los yernos del sultán, y en el momento de sentarse á la mesa, servido á la europea, nuestro francés supo que el amo de la casa había empeñado toda su vajilla de plata, y que en vez de comer á la europea, era preciso comer á la turca, es decir, con los dedos y con tenedores de cerezo.»

CUALIDADES FÍSICAS

CONFORMES CON LAS LEYES DE LA ELEGANCIA.

La belleza, en materia de elegancia, es más metafísica que plástica, más relativa que absoluta.

Es decir, que ninguna parte del cuerpo humano puede tener las proporciones que requiere la elegancia, á menos que estas no despierten en nosotros una idea ó un sentimiento.

Son otros tantos geroglíficos, que todos tienen un sentido oculto.

Una bailarina con las mismas formas que la Venus de Médicis, no estaría dotada del género de belleza más conforme al baile. Las proporciones de la Venus expresan pura y sencillamente la belleza; pero para que una mujer se haga flexible á los esfuerzos y á las dificultades del baile, tiene necesariamente que destruir esta armonía.

En la economía fisiológica de una bailarina, los músculos deben tomar mucha consistencia, las carnes perder su morbidez y sus contornos; ciertas partes, como los brazos, por ejemplo, se alargarán, el tallo se hará más delgado y flexible.

Hay desacuerdos con las grandes leyes de la naturaleza, hay defectos que nos parecen bellos y elegantes; pero tienen para sí la lógica de la civilización; así es, que una mujer con corsé es una mentira, una ficción; pero para nosotros esta ficción es mejor que la realidad.

Bien comprendido esto, entramos á velas llenas en la determinación de las leyes de la elegancia, respecto á las diversas partes del cuerpo humano.

El cuello largo, los hombros finos, las manos pequeñas, blancas y delgadas son elegantes, porque á estos caracteres se asocian las ideas de nobleza nativa, grandeza y fortuna.

Entre los hombres, como entre los animales, las razas degeneran, se bastardean en condiciones dadas. El caballo bien proporcionado, fino y elegante, tiene el mismo punto de partida en la creación que el caballo grueso y pesado; la diferencia de sus formas, solo prueba el diferente destino que fué dado á sus antepasados.

El trabajo corporal tiene una acción similar sobre las formas humanas. El trabajador que hace un constante llamamiento á sus fuerzas musculares, tendrá por lo general el cuello corto, la cabeza hundida en los hombros. —El anatómico menos entendido demostraría esto. —Sus espaldas se desarrollan desmesuradamente, los brazos engrosan, las manos pierden su delicadeza.

Si la acción de las mismas causas continúa, las generaciones se modifican bajo tales influencias, y los orígenes se revelan con signos materiales.

En todo tiempo, el aspecto de un hombre cuyo tronco es corto relativamente á las piernas, ha sido elegante; este sentimiento en las naciones europeas data de muy antiguo.

Del hábito constante de montar á caballo, resulta una dilatación de los músculos extensores de las piernas; y esta disposición fisiológica caracterizaba á los antiguos caballeros y á los señores feudales, al contrario de los vasallos. Don Quijote es muy largo de piernas, Sancho Panza muy corto; y aunque estos dos tipos son exageraciones, muestran cuál era el sentimiento universal.

El pie pequeño y el tobillo fino y enjuto son signos de buena raza, lo mismo que la mano delicada y la muñeca delgada.

¿Sabeis por qué el empeine de pie algo saliente es de una extrema elegancia? Porque toda depresión en la parte superior del metatarso hace esta parte mas semejante á la de los cuadrumanos.

Un pecho ancho no carece de elegancia, porque es natural suponer que el volumen del corazón corresponde al de su cubierta; y segun Bichat, este órgano es el lugar de todos los sentimientos generosos, buenos y nobles.

El desarrollo del estómago supone casi siempre la propensión á la gastronomía: el goloso es sensual y egoísta; predomina en él la vida material. El cerebro funciona

tanto menos, cuanto el estómago funciona mas, y por eso, nótese bien, se envejece por el vientre mas que por la cara. Tal es la regla; pero no excluye la excepción, como cada cual sabe. Esta disposición es, pues, esencialmente contraria á la elegancia.

La cara debe ser mejor oval que redonda, es decir, presentar desarrollo en la parte superior, y un ligero afinamiento en la inferior; porque el cerebro es el lugar de las facultades intelectuales, mientras que la mandíbula puede ser considerada como el de la sensualidad.

La frente debe estar inclinada hácia adelante y ser ancha: esta parte de la faz es estrecha en los animales; la frente del mono está inclinada hácia atrás, y la del perro es casi horizontal.

Una barba algo saliente no carece de elegancia, y es porque los brutos no tienen barba; todo aquello en que la estructura humana se asemeja mucho á la de ellos, es contrario á la elegancia, no obstante los talles de abeja, los ojos de gacela y los cuellos de cisne.

Las cejas son otra parte del rostro que distingue al hombre de todos los animales. Los antiguos aprovecharon esta observación con una habilidad admirable para ennoblecer la figura humana. En la arcada de las cejas está particularmente la elegancia del semblante; cuanto mas abierta es, mas determinado está el carácter de la elegancia.

Los ojos deben ser grandes, pues cuanto mayor es la superficie que ofrecen, mejor percibidos son los sentimientos que reflejan. Los ojos grandes rara vez son engañadores, y los hombres falsos los tienen generalmente pequeños; pero la expresión es lo que mas caracteriza; el ojo brillante, grande ó pequeño, es casi siempre indicio de un bello natural.

La sagacidad observadora de los antiguos, no dirigía hácia adelante, sino á un lado, las miradas del hombre tímido y sospechoso. ¿Querían expresar el valor, la firmeza y la audacia? los ojos de sus estatuas, aunque la pupila no estuviese indicada, parecían fijos en el espectador y querer penetrar en su alma.

La nariz es una de las conformaciones que distinguen al hombre de todos los animales; para despertar la idea de elegancia debe prolongarse en línea recta, segun el tipo griego, ó tomar una ligera curvatura segun el tipo romano: estos dos caracteres son elegantes, puesto que se asocian en nuestros recuerdos á las inmortales obras maestras de la estatuaría antigua.

Una nariz gruesa es la imagen nada elegante de un tubérculo; en Horacio, *homō obesæ naris*, significa estúpido; una nariz fina, segun el mismo poeta, indica *la astucia, la sutileza, homo enuncie naris*.

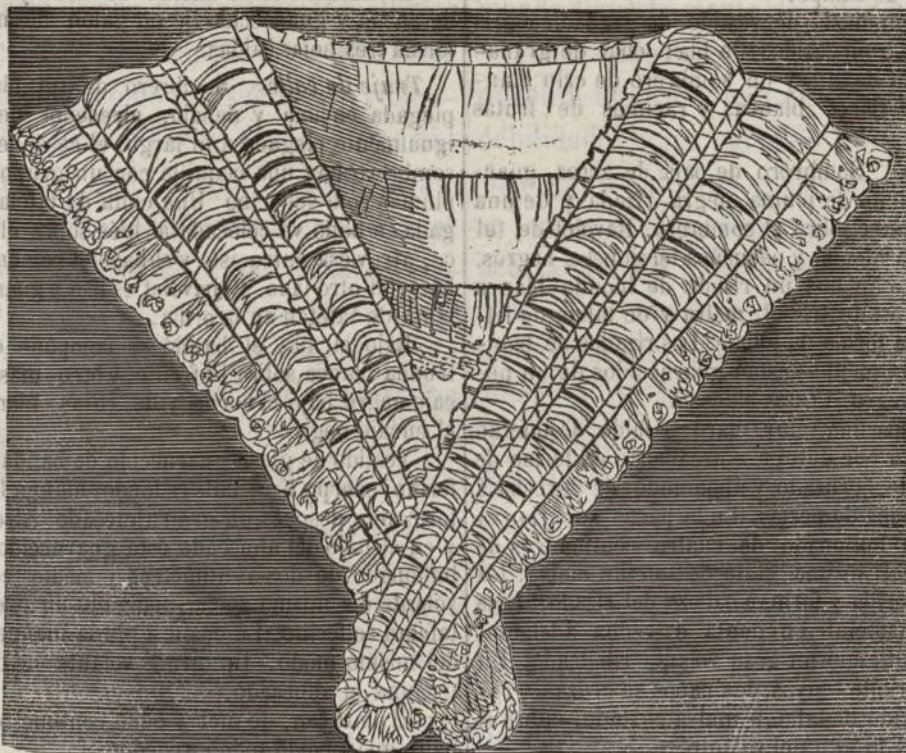
La boca no es elegante sino cuando los labios son móviles y las inflexiones de la voz variadas; es elegante siempre que parece dispuesta mejor para articular los so-

nidos de una voz flexible, y caracterizar los signos del pensamiento ó del sentimiento, que para asir una presa.

Ciertas inflexiones de voz son elegantes, y otras no pueden serlo. La razon es fácil de comprender: toda alteración de la voz indica un estado anormal. En el hombre ebrio es ronca y difusa; en el hombre horrorizado es débil y temblorosa; el hombre furioso dá gritos que ensordecen. Si una persona reúne en sí muchas condiciones de elegancia, y sin embargo su voz tiene alguna relacion con

la de un hombre que ha bebido ó que tiene miedo, es evidente que el encanto desaparece al instante. La voz debe ser dulce, pura, distinta, sonora; y cuando es así, se concibe que pueda servir de intérprete á elevados pensamientos del ingenio y del corazon. La carencia de estas cualidades es mas lamentable en la muger. ¡Cuántos destellos de pasion producidos por la fisonomía, no oscurece inmediatamente la voz!

T.



FICHÚ.

El modelo que representa este dibujo es de mejor gusto que el siguiente, porque está mas escotado y no tiene la desventaja de la especie de vesta que lleva. Se compone de dos bullonados de tul blanco con entredós de tul negro rizado, y terminado por una ancha blonda blanca. Una pequeña cinta de terciopelo acompaña al tul, como el dibujo indica.

PELERINA.

Esta clase de pelerinas se hacen guarnecidas de cordon negro ó blanco, encajes, cintas y rizados: el modelo que ha servido para nuestro dibujo, lleva cordon negro, terminado por un bonito encaje, tambien negro, y cuya costura vá cubierta con una pequeña cinta de terciopelo negro. El dorso termina en punta,

y descende hasta la cintura: las puntas se cruzan y se llevan con un vestido escotado.



MODAS.

Casi todos los trajes que lucen hoy nuestras elegantes son de paseo ó para las encantadoras reuniones del campo. Los vestidos claros y blancos especialmente, que habian caído en un completo olvido hace algunos años, son los que reciben hoy un favor mas distinguido. Uno de muselina, haciendo cola bien marcada, con cinco volantes pequeños, cuerpo alto con mantelita guarnecida de pequeños volantes de muselina y entredós de encaje, forma una toilette elegante. El sombrero que la completa es de crin

blanca con un *pouf* de rosas y tafetan negro coquillado encima del ala.

Otro vestido de barés, fondo blanco con pequeñas estrellas color de malva, el bajo formando mucha cola y con ancho volante guarnecido en ambas orillas con biés de tafetan lila, y encima de este volante cinco plegados guarnecidos del mismo modo. El cuerpo del vestido es escotado, cubierto con un fichú en punta y una manteleta parecida. Las mangas anchas formando codo con vuelta guarnecidas de un rizado en todo su ancho. Completa esta toilette un sombrero de paja de Italia adornado de un ramo de flores de campo.

Otro traje, compuesto de vestido de granadina gris con cinco volantes guarnecidos de lila; chal de granadina negra rayada de lila y un sombrero de crin blanca, adornado de flores blancas y racimos de frutas negras.

Traje de paseo. Sombrero de paja de arroz, guarnecido de un penacho de pluma negra rizada y de una piocha blanca sentada sobre el sombrero. Bavolet de tul guarnecido de una blonda y pequeños terciopelos negros. Sobre el ala y á lo ancho, un rizado de blonda blanca con una rosa, flores de trébol, malva y de tallos de felpilla verde caen en forma de follaje. Los rizados de blonda que adornan las mejillas están guarnecidos de un pequeño terciopelo negro. Cintas blancas.

Vestido de muselina muy claro y falda de tafetan blanco. Cuerpo alto por detrás, entreabierto en forma de corazon por delante, cruzado y abotonado de derecha á izquierda por botones de perlas. En la parte superior vá guarnecido de un bullonado de cuatro centímetros de ancho, bajo el cual vá una cinta de tafetan malva: los dos bordes hacen orilla y forman cabeza del rizado. Este bullonado viene á concluir en punta estrecha adelante. Manga lisa en lo alto con un gran volante ribeteado. Un bullonado transparente, cuyos dos cabos se cruzan y remontan en un cogido de tafetan malva cortado, cubre el bajo de la manga y lo alto del volante.

Dos bullonados dobles del ancho de ocho centímetros y color malva, con orillas blancas formando rizado, van colocados sobre la falda y se cruzan á cada lado bajo un gran cogido de tafetan malva, tambien cortado.

Diez volantes encañonados guarnecen la falda á cada lado; pero de éstos diez, cinco solamente se ven alrededor.

Traje de campo. Sombrero de campana con dos plumas negras, una á cada lado: lazos de terciopelo rojo adelante, y cabos flotantes de tafetan rojo por detrás.

Vestido y chaqueta de nankin adornados de cintas negras y rojas. La chaqueta á la marinera con un gran cuello vuelto y cortado á ondas inversas; este cuello en caja atrás como adelante, y la chaqueta es atacada en lo alto y suelta abajo, quedando ajustada, formando sobre las caderas y el dorso una faldeta á ondas galoneada como el cuello. La manga es abierta en el bajo, ondeada y guarnecida del mismo modo. La falda con cuatro órdenes de cintas ó galones, dos de ondas hácia arriba y dos hácia abajo.

Cinturon de tafetan negro con cabos y lazos negro y rojo. Camiseta plegada hasta la cintura y manguitas blancas, plegadas tambien y cogidas con un sencillo puño.

Traje de jardin. Sombrero Victoria de paja de Italia adornado con rosas sin follaje, formando el medio de dos cintas que rodean la cabeza del sombrero y con una hermosa pluma blanca al lado.

Chaqueta, camiseta, manguitas y falda de nankin, adornadas con botones y bandas de tafetan negro.

La chaqueta y sus mangas, que están cortadas á

puntas, llevan en llano una banda de tafetan negro del ancho de siete centímetros. El bajo de la manga vá guarnecido por el interior con un pequeño rizado de tafetan blanco de un ancho de cuatro centímetros: las bocamangas de las manguitas son de tafetan negro con pequeñas cintas nankin. La falda vá adornada por delante con botones y dos bandas de tafetan negro, la una de diez centímetros de ancho y la otra de cinco, disminuyendo hácia el talle. Entre las dos bandas queda un espacio de cinco centímetros. La falda sobresale de la banda ancha cinco centímetros tambien.

El cinturon es de tafetan de diez y seis centímetros de ancho y guarnecido de un galon de nankin. El lazo forma tres hojas caídas.

Traje de calle. Sombrero de tul blanco con el ala plegada encima y debajo; alrededor de la cabeza vá igualmente plegado á lo largo: el casco es liso. Sobre el sombrero hay una coquilla con un grupo de cabezas de plumas rojo solferino. Una cinta de tafetan negro replegada en llano vá colocada al biés sobre el bandó del casco, atraviesa entre este y el bavolet remontándose en biés hácia el otro lado. El bavolet es liso y guarnecido con una cinta de tafetan en la orilla.

Bajo el ala, el bandó se compone de un rizado de blonda blanca sobre la frente, y otro mas ancho de encaje negro bajo el borde y de rosas blancas agrupadas al encaje negro.

Vestido de glase guarnecido de bandas de tafetan solferino, cuerpo liso, talle redondo, manga lisa á la espalda, formando despues un gran ahuecado. Alrededor del brazo y en el bajo del ahuecado está guarnecido de un pequeño bullonado de dos centímetros y medio con un pequeño volante del mismo ancho, teniendo un pequeño ribete de tafetan solferino. La costura de la manga vá guarnecida del mismo modo. Un gran volante de diez centímetros termina el ahuecado.

El cinturon, de diez y ocho centímetros de ancho, se halla guarnecido todo alrededor.

La falda, de forma de túnica, está cortada á picos: en el bajo de cada pico hay un ahuecado de doce centímetros, y las puntas de cada pico tienen una separacion de otros doce centímetros.

La falda larga adornada con tres volantes de catorce centímetros, de los cuales cuatro forman cabeza y diez el volante, con dos centímetros de intervalos entre los volantes. Las puntas de la túnica cubren casi el volante de arriba. Las bandas solferino que guarnecen la cintura, y las puntas de la túnica y los volantes, tienen dos centímetros de ancho.

El volante de la manga vá forrado en sedá blanca, y un rizado blanco guarnece lo que forma el hueco. Cuello de encaje y manguitas de tul blanco con puño guarnecido de encaje.

Los trajes que se llevan son mas anchos que nunca, las confecciones lo mas variado que puede admirarse. Faldas lisas ó adornadas, cuerpos altos y abotonados, abiertos por delante con bullones, vueltas y francidos ó escotados en diferentes formas, pero generalmente escotados. Sombreros de mil variados gustos, toda clase de paja, crin y tul, principalmente blanco; cintas, plumas, flores, frutas y follaje con exquisita profusion para su adorno. Elegantes y vistosos cinturones con cabos flotantes.

EMILIA R. Y R.

MADRID 15 DE AGOSTO DE 1861.